

## PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN.

---

No á mis contemporáneos ni á mis compatriotas, sino á la humanidad, entrego mi obra, hoy terminada, con la convicción de que tendrá algún valor á sus ojos, aunque este valor, siguiendo la suerte reservada á todo lo bueno de cualquier género, no sea reconocido hasta más tarde. Sólo para la humanidad y no para una generación pasajera, ocupada enteramente en sus errores momentáneos, se ha consagrado mi cabeza á este trabajo sin descanso, durante toda una larga existencia, y hasta puedo decir que contra mi voluntad. Durante este lapso de tiempo, el poco interés que he encontrado no ha podido hacerme dudar del valor de mi obra. He visto la admiración y la veneración generales que rodeaban incesantemente á lo malo, á lo falso, y en seguida á lo absurdo y lo insensato, (1) y me decía que si los hombres capaces de reconocer lo verdadero y lo bueno son tan raros, que hay que esperar inútilmente veinte años á encontrarlos, podría suceder también que los que son capaces de producir obras verdaderas y buenas, fuesen raros hasta el punto de que sus trabajos formasen una excepción en la multitud pasajera de las obras terrestres. De donde resultaría que no se tendría ya la pers-

---

(1) La filosofía hegeliana.

pectiva consoladora de la posteridad, que el que trabaja con un fin elevado necesita para fortalecer su ánimo.

El que emprende y persigue sériamente una cosa cuyo resultado no conduce á una ventaja material, no debe contar con el interés de los contemporáneos. Verá, por el contrario, las más de las veces, que la apariencia de esa cosa que persigue circula por el mundo y goza del favor del día: esto es lo natural. La cosa misma exige que se la atienda por lo que es ella en sí, para lograrse; todo atisbo de la verdad está en peligro desde que se mezcla con algún interés. De conformidad con esto, la historia literaria universal nos muestra que toda obra de valor ha necesitado mucho tiempo para abrirse camino, sobre todo si tiende, no á divertir, sino á instruir; entre tanto, lo falso brilla, pues es difícil, si no imposible, que la cosa reine al mismo tiempo que su imitación ó parodia.

Tal es la maldición que pesa sobre este mundo indigente y miserable: que todo es aquí abajo vasallo de la indigencia y de la miseria. Por eso no es á propósito esta tierra para que prosperen sin obstáculos, ni sean seguidas por sí mismas las aspiraciones nobles y elevadas, como la investigación de las luces y de la verdad. Y hasta cuando puede hacerse semejante investigación y conduce al conocimiento de alguna verdad, los intereses materiales, las miras personales se apoderan en seguida de ella para utilizarla como un instrumento ó como una careta. Desde que Kant devolvió su crédito á la filosofía, ésta no tardó en hacerse un instrumento de intereses: intereses de Estado en lo alto, intereses personales abajo, aunque á la verdad no era de ella, sino de su Sotia considerado como filosofía, de quien se abusaba de esta suerte. Ni debemos sorprendernos de que esto suceda, pues en su inmensa mayoría los hombres son

por esencia absolutamente incapaces de proponerse ni de concebir siquiera fin alguno que no se reduzca á un interés material. La investigación pura de la verdad es una cosa demasiado elevada y demasiado excéntrica para que pueda esperarse que todos, que muchos por lo menos, ó siquiera que algunos, se interesen sinceramente en ella. Si se observa, pues, como al presente en Alemania. un movimiento extraordinario, una actividad general en lo tocante á publicaciones y discursos sobre materias filosóficas, se podrá presumir con toda confianza que el verdadero *primum mobile*, que el resorte oculto de toda esta agitación, á pesar de las apariencias solemnes y de las seguridades de que va acompañada, no es aspiración alguna ideal, sino material; que se trata de intereses de persona, de cargo, de Iglesia, de Estado, en suma, de intereses positivos; que son cuestiones de partido las que ponen en tan grande movimiento á las plumas de los supuestos filósofos, que tanto abundan, y que por consiguiente todos estos alborotadores se inspiran en miras personales, no en aspiraciones ideales, y la verdad es seguramente la cosa de que menos se cuidan. La verdad no tiene partidarios, y á través de esta furiosa contienda filosófica puede tranquilamente continuar su ruta sin ser conocida, de igual manera que en la noche de invierno de los siglos más oscuros y más profundamente sumergidos en la inmovilidad de las creencias religiosas; lo mismo que en aquellas épocas en que no era revelada más que á un corto número de adeptos, bajo la forma de enseñanzas misteriosas, ó no se osaba confiarla más que al pergamino. Creo que no puede haber época alguna menos propicia para la filosofía que aquella en que se abusa indignamente de ella para convertirla, por una parte en instrumento de gobierno, y por otra, en medio de ganarse la vida. ¿Se imagina acaso

que en el seno de este tumulto y en medio de esta prensa, la verdad, á la cual no se concede atención alguna, habrá de producirse accesoriamente? La verdad no es una ramera que se eche en brazos de los que no desean su posesión; es una belleza tan rebelde que ni el mismo que se lo sacrifica todo, puede contar con sus favores.

Si los gobiernos hacen de la filosofía un medio para sus designios políticos; por otra parte los sabios ven en el profesorado filosófico una industria que da de comer como cualquiera otra; acuden, pues, en muchedumbre haciendo protestas de sus buenos sentimientos, es decir, de su disposición para servir á los designios indicados. Y cumplen su palabra; ni Platón ni Aristóteles son su faro, sino las intenciones que están llamados á servir y que se convierten para ellos inmediatamente en el criterio de lo verdadero, lo bueno, lo notable, y también de lo contrario de todo esto. Todo lo que no se armoniza con sus compromisos, aunque sea lo más importante y lo más extraordinario que haya en su género, es condenado, ó si esto parece escabroso se procura ahogarlo con un silencio general. No hay más que ver su ardor unánime contra el panteísmo; ¿quién será tan cándido que crea que esto es convicción? ¿Y cómo no ha de degenerar en sofística la filosofía, reducida á un oficio para ganarse el pan? Precisamente por ser esto inevitable y porque la máxima: «Canto á quien me mantiene,» es de todos los tiempos, entre los antiguos se estimaba que ganar dinero con la filosofía era la señal característica del sofista. Agréguese á lo anterior que en este mundo no puede esperarse más que mediocridad en todas partes; no hay derecho á pedir otra cosa, ni otra cosa se encuentra, tenemos, pues, que contentarnos con ella. Por eso en todas las Universidades de Alemania la amable mediocridad es lo que vemos trabajando para sacar de su

propio fondo una filosofía que no existe allí, y esto con arreglo á un patrón y á un fin prescritos, espectáculo del cual es casi cruel burlarse.

Mientras la filosofía se utilizaba de esta suerte, desde hace mucho tiempo, como medio para fines públicos y para miras privadas, he continuado imperturbablemente el hilo de mis meditaciones durante más de treinta años, porque no podía menos de hacerlo, pues me sentía arrastrado por una especie de impulsión instintiva, y alentado por la convicción de que la verdad que descubre un hombre, ó la cuestión obscura que resuelve, acaba siempre por ser percibida en un momento cualquiera por algún otro espíritu inclinado á la meditación, que encuentra en ella un atractivo, una alegría y un consuelo: á este espíritu nos dirigimos como á nosotros se han dirigido otras inteligencias de la misma índole, que fueron nuestro consuelo en este desierto de la vida. Mientras tanto, se continúa la obra por ella en sí y por uno mismo. Mas ¡cosa extraña! está en la esencia de las meditaciones filosóficas que precisamente los pensamientos que han sido meditados y profundizados para uno mismo, sean los que más tarde resultan útiles para los demás, y no los que desde un principio les estaban destinados. Los primeros se distinguen ante todo por su carácter de sinceridad, pues nadie trata de engañarse á sí mismo, ni se da á sí propio por alimento manjares de pega; todo sofisma y toda palabrería están excluidos y así cualquier período estampado sobre el papel indemniza del trabajo que se invierte en su lectura. Por eso mis escritos llevan el sello de la lealtad y de la sinceridad impreso de un modo tan claro en la frente, que solo esto basta para que contrasten vivamente con los de los tres ilustres sofistas del período post kantiano. Se me hallará siempre apoyado sobre la reflexión, es decir, sobre la deliberación de la

razón y se me oirá hablar sinceramente. Jamás se me verá apelar á la *inspiración*, que se califica de intuición intelectual ó pensamiento absoluto, pero cuyo verdadero nombre es palabrería y charlatanismo. Trabajando con este espíritu y viendo al mismo tiempo lo falso y lo malo apreciados por todo el mundo, la palabrería (1) y el charlatanismo (2) altamente glorificados, he renunciado desde hace mucho tiempo á la aprobación de mis contemporáneos. Es imposible que una época como la mía, que ha proclamado como el más eminente de los filósofos, durante veinte años, á Hegel, ese Caliban intelectual, pueda dar ganas de obtener sus aplausos al que ha visto semejante espectáculo. No tiene ya coronas de gloria que otorgar; su alabanza se ha prostituído y su censura carece de significación. Hablo seriamente, como lo prueba el que si abrigase la menor intención de aspirar al aplauso de mis contemporáneos, hubiera tenido que tachar veinte párrafos que chocan de frente con todas sus opiniones y que, en parte, son propios para lastimarlos. Pero creería cometer un crimen si sacrificase una sílaba tan sólo para conseguir su aprobación. Mi guía real ha sido siempre la verdad: al buscarla no he pretendido otra aprobación que la mía y he vuelto la cabeza para no ver una época que ha caído tan bajo en punto á aspiraciones intelectuales, y para no oír hablar de una literatura alemana desmoralizada, en la que el arte de amalgamar las grandes frases con los sentimientos pequeños ha llegado á su colmo. Es claro que no he podido evitar las faltas y las debilidades inherentes por necesidad á mi naturaleza: todo el mundo tiene las suyas, pero no había de ir á aumentarlas con indignas componendas.

Por lo que toca á esta segunda edición, me considero

(1) Fichte y Schelling. (2) Hegel.

dichoso con no haber tenido que suprimir nada; después de veinticinco años, mis convicciones han permanecido intactas, en mí al menos. Los cambios introducidos en la primera parte, que comprende el texto de la primera edición, no se refieren á cosa alguna esencial, y casi todos consisten en breves adiciones explicativas, intercaladas aquí y allá. Sólo la crítica de la filosofía kantiana ha experimentado correcciones importantes y desenvolvimientos complementarios, pues estos no podían colocarse en un suplemento separado, análogo á los que he reunido en la segunda parte para cada uno de los libros de la primera, en los cuales está expuesto el conjunto de mi doctrina. He elegido esta última forma para las adiciones y correcciones de los cuatro libros, porque en los veinticinco años transcurridos desde que fueron escritos, se ha operado una modificación tan notable en el método y en el tono de mi exposición, que no hubiera sido posible fundir en un todo el contenido de la primera parte y el de la segunda.

Doy, pues, separados ambos trabajos, y las más de las veces no he variado mi primitiva redacción, ni aún en aquello que hoy expresaría de un modo diferente, pues no quise echar á perder la obra de mi juventud con la crítica minuciosa de la vejez. Lo que en este sentido hubiera que corregir, se presentará al espíritu del lector con la lectura de la segunda parte. Ambas partes tienen entre sí una relación de complemento, recíproca en la más amplia acepción de la palabra, y la naturaleza de esta relación resulta de que las dos épocas de la vida humana se completan una á otra desde el punto de vista de la inteligencia; así se observará que no solamente cada parte contiene lo que no se halla en la otra, sino que las cualidades de la una son precisamente las que á la otra le faltan. Por lo tanto, si la primera parte aven-

taja á la segunda por los méritos que dan el fuego de la juventud y la energía de la concepción primera, en cambio la segunda es superior en la madurez y en la lima profunda de los pensamientos, fruto de una larga existencia y de un largo trabajo.

En la época en que tenía la fuerza necesaria para concebir espontáneamente el pensamiento fundamental de mi sistema, seguirle en sus cuatro ramas, volver de éstas á la unidad del tronco, y en seguida, exponerlo todo claramente, no poseía la facultad de ahondar en todas las partes de mi doctrina con la perfección, la profundidad y los desenvolvimientos de que sólo una larga meditación hace capaz. Se necesitan estudios continuados durante largo tiempo para comprobar y dilucidar un sistema filosófico por medio de los hechos, para apoyarle con los testimonios más diversos, para derramar plena luz sobre todas sus partes, para establecer atrevidamente el contraste entre todos sus aspectos, y para separar convenientemente todas las materias y exponerlas en el mejor orden. Se que para el lector hubiera sido más agradable encontrarse el trabajo hecho de una vez y sin solución de continuidad, en vez de tenerle en dos mitades, que es necesario unir para servirse de él. Pero reflexioné que hubiera sido preciso para esto producir en una sola época de la vida, lo que requiere dos edades diferentes, es decir que hubiera necesitado yo poseer en una misma época las cualidades que la naturaleza ha repartido entre dos. Puedo comparar la necesidad en que me he visto de publicar mi obra en dos partes, complementaria la una de la otra, á lo que se hace para obtener un objetivo acromático; como no se le podía construir de una pieza, se le formó de una lente cóncava de *flint*, y de una lente convexa de *crown*, y esta combinación dió el resultado apetecido.

Además, el lector hallará como compensación de este inconveniente, la variedad y la distracción que proporciona un mismo asunto tratado por el mismo hombre, y con el mismo espíritu, en dos edades muy diferentes. Aconsejo, sin embargo, á los que no conocen todavía mi doctrina, que lean antes la primera parte sin ocuparse en los complementos ni hacer uso de ellos hasta la segunda lectura; de otro modo les sería demasiado difícil comprender el sistema en su conjunto, tal como lo presenta la primera parte, pues la segunda no hace más que insistir sobre los pormenores y desarrollar más los puntos de mayor importancia. Aun en el caso de que no se decidieran á leer por segunda vez la primera parte, sería lo mejor que leyesen la segunda á continuación de la primera por el orden sucesivo de sus capítulos. Las lagunas que puedan presentar estos capítulos, cuyo encadenamiento es menos estrecho, las llenarán fácilmente las reminiscencias de la primera parte si ha sido bien comprendida; además, se encontrarán de continuo referencias á los pasajes correspondientes de la primera parte, y á este efecto he reemplazado por párrafos numerados las divisiones, separadas por plecas, de la primera edición.

---

En el prefacio de la primera edición declaré ya que mi filosofía procede de la de Kant, y exige por consiguiente un conocimiento profundo de ésta última: debo repetirlo aquí. La doctrina de Kant produce en todo espíritu que se ha penetrado bien de ella una modificación radical, que puede calificarse de renacimiento intelectual. Ella sola es capaz de desembarazar enteramente al espíritu de ese realismo innato, debido al primitivo des-

tino de la inteligencia; ni Berkeley, ni Malebranche, bastan para este fin, pues se mantienen en el terreno de la generalidad, mientras que Kant entra en pormenores y lo hace de una manera que no ha tenido precedente y que no podrá ser igualada. Por eso ejerce su doctrina una acción especial sobre las inteligencias, acción en cierta manera inmediata, por cuya virtud sufren aquéllas una desilusión radical que les hace ver las cosas bajo un aspecto completamente diferente. Y esto es lo que hace al espíritu accesible á las interpretaciones todavía más positivas que voy á exponer. Por el contrario, el que no conozca la filosofía de Kant, aunque pueda poseer otros conocimientos, se encuentra, por decirlo así, en el estado de inocencia; esto es, en aquella condición de realismo natural y cándido en que nacemos todos y que puede hacer apto para cualquier cosa del mundo menos para la filosofía.

El iniciado es en relación al no iniciado, lo que un mayor de edad respecto de un menor. Si esta verdad parece hoy paradójica (y no lo parecía en los treinta primeros años que siguieron á la publicación de la *Crítica de la razón pura*), es porque desde aquella época ha crecido una generación que no conoce realmente á Kant, pues para conocerle se necesita algo más que una lectura precipitada y superficial ó que un resumen de segunda mano. Esto depende á su vez de que nuestra generación, mal dirigida, ha perdido su tiempo en estudiar filosofismos elaborados por medianías incompetentes y hasta por sofistas habladores, á quienes se ha glorificado torpemente. De ahí esa confusión en las nociones primeras y ese fondo pesado y brutal que se transparenta bajo una capa de amaneramiento y de pretensión en los ensayos filosóficos de una generación educada en tal escuela.

El que se imagine haber estudiado la filosofía de Kant

en las exposiciones de su doctrina hechas por otros, está en un funesto error. Debo aconsejar seriamente á todo el mundo que desconfíe de semejantes exposiciones, sobre todo de las más recientes, hechas en estos últimos años. En los escritos de los discípulos de Hegel he hallado explicaciones verdaderamente fabulosas de la filosofía kantiana. Y ¿cómo los cerebros, falseados y corrompidos desde la juventud por los absurdos del hegelianismo, habían de ser capaces de seguir las profundas investigaciones de Kant? Se acostumbraron desde muy temprano á tomar la palabrería más hueca por pensamientos filosóficos, los más deplorables sofismas por sagacidades, y los absurdos más vulgares por dialéctica: á fuerza de alimentarse de palabras que braman de verse juntas y ante las cuales se pone en tortura la inteligencia y se fatiga inútilmente para hallar en ellas un solo pensamiento, las cabezas han acabado por desorganizarse del todo. Estos cerebros lo que necesitan no es una crítica de la razón, no es una filosofía, es una *medicina mentis*, y para empezar, como catártico, un curso de sentido común; después de lo cual podrá averiguarse si hay medio de hablarles de filosofía.

En vano se buscará la doctrina de Kant en otra parte que en sus escritos. Estos están llenos siempre de enseñanzas, hasta cuando su autor comete faltas ó errores. Su originalidad confirma de la manera más terminante, respecto de ellos, lo que puede decirse de todos los verdaderos filósofos, á saber: que en sus obras, y no en las explicaciones de los demás, es donde se aprende á conocerlos. Los pensamientos de estos espíritus excepcionales no toleran la filtración á través de un cerebro vulgar. Nacidos tras frentes elevadas, anchas y bien formadas, debajo de las cuales brillan ojos centelleantes, pierden toda su fuerza y todo su valor al ser trasplanta-